

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

19 de diciembre de 2004

Mateo 1, 18-24

1.- Otro personaje navideño. José es otro de los hombres que no encaja en moldes prefraguados por la sociedad. Humilde y sabio, piadoso y obediente a Dios, silencioso y expresivo, tierno y delicado esposo de María Virgen. Es parte de la revelación del Misterio de Dios que se sumerge en la obiedad de su existencia simple y de su inédita vida familiar. Como lo fue el Bautista, José integra el espacio navideño que acogerá y ofrecerá al Salvador. Es preciso aprender de sus admirables disposiciones interiores la capacidad para captar una verdad que excede todo esfuerzo intelectual. José no intenta interpretar racionalmente lo que observa en su esposa embarazada de Dios. Generoso y dispuesto al sacrificio personal decide autoculparse y abandonar a su joven desposada en el silencio de su noche oscurísima. Al no entender decide sacrificarse y, al llegar a comprender lo que no entendía obedece sin titubear: *“José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo”*.^[1] María y José lo saben, también la prima Isabel. Otra vez la verdad se revela a los pobres y humildes, a quienes no insisten en arreglar el mundo conforme a sus planes y adoptan prudentemente los de Dios.

2.- Nuevo hombre y nuevo mundo. La impotencia experimentada ante tanta agresión puede cerrar los horizontes a la esperanza de redención. ¿Esta sociedad tiene remedio? ¿Estos hombres y mujeres, hundidos en el rencor y en la venganza, podrán superar el vacío y la incertidumbre? Es preciso elevar la mirada y percibir el roce suave del ángel de Dios anunciando lo increíble, como germen de un nuevo hombre y de un nuevo mundo. Se insiste en exponer los límites y cobardías de algunos responsables de la fe, identificando su fracaso con el Misterio de Cristo, en el sacramento de su Iglesia, cerrando los ojos a su verdadero éxito, silencioso y presente. Me refiero a la enorme multitud de tantos hombres y mujeres, jóvenes y niños, Papas, Obispos, sacerdotes y consagrados, hombres de la ciencia, del arte, de la política y del trabajo manual, que por su santidad son los verdaderos testigos de la fe. Los enemigos de la Iglesia intentan descalificarla por los pecadores que alberga en su seno, ya que por el bautismo también los engendra, olvidando maliciosamente su más sublime maternidad en quienes constituyen el auténtico fruto de la gracia de Cristo que dispensa: la santidad.

3.- Transformación de lo viejo en nuevo. Por ello, el Papa Juan Pablo II, enfáticamente reclama, de todos los cristianos, el verdadero fruto de la gracia de Cristo: la santidad. Este mundo inexplicable, confuso, transgresor y fatuo, necesita el testimonio de santidad de los cristianos. La santidad es vida nueva, supone un renacimiento que se inicia en la saludable desaparición del *“hombre viejo”*. Cristo, cuyo nacimiento estamos tan próximos a celebrar, es la causa de la transformación del hombre viejo en hombre nuevo. Como tal extiende esa transformación a toda la humanidad. Él abre la posibilidad, hace que la esperanza se vuelva realidad, ofrece a sus auténticos discípulos como testigos de su acción redentora. Es preciso que los bautizados, que han cobrado conciencia de su identidad cristiana, ofrezcan al mundo el testimonio de esa transformación: la santidad. Hace unos años el Papa declaraba que *“el mundo espera de los cristianos el testimonio de la santidad”*.^[2] Es el único camino de evangelización. Si no se lo recorre el ideal propuesto por la fe aparecerá como un embuste y padecerá la consabida sucesión de acusaciones destinadas a desacreditar la misma gracia del Evangelio. Ocurre ahora de manera injusta y, a veces, con cierto fundamento en el comportamiento mediocre de algunos cristianos.

4.- Volver al Evangelio. Hay que renovar la vida cristiana. Volver al Evangelio y someterse al Espíritu que Jesús nos ha enviado como Don supremo. Así la evangelización, necesaria al mundo, adquirirá la fecundidad que sólo el Espíritu de Pentecostés puede ofrecerle. Lo comprobamos en las presencia de los santos. Su influencia es admirable para quienes tienen fe y llama a la sorpresa y al silencio a quienes carecen de fe. ¡Qué elocuente es la vida! Me refiero a la que expresa coherencia y honestidad, a la que deja mudo al discurso mediático y muestra la eficacia de la Redención. La vida cristiana, para quienes se

deciden corresponder a la gracia del Bautismo, es vivencia de los valores evangélicos. La oposición que encuentran, esos valores, en los parámetros de la existencia cotidiana los ha marginado de la consideración de muchos bautizados. Es un verdadero escándalo la ignorancia que identifica a algunos bautizados que se dicen cristianos. Jamás los he culpado exclusivamente. Los cuadros habituales que enmarcan la actividad pastoral adolecen de gravísimas carencias y confusiones. El ritualismo ha vaciado de espíritu las relaciones con Dios, la catequesis se ha convertido en un aprendizaje de fórmulas que no logra ser una verdadera experiencia de encuentro con Jesús, un cierto moralismo cuantificador de pecados ha suplido a las exigencias superiores del amor de Dios.

5.- Insuficiencia del testimonio de santidad. Es preciso volver al encuentro personal que aprendieron los Apóstoles durante los tres años de convivencia con el Maestro. De allí sacaron la humildad y el temple para enfrentar el combate de la vida apostólica. Jesús fue su Modelo. Observándolo, aquellos hombres reconocieron sus personales fallas, torpezas y cobardías e imitándolo llegaron a ser auténticos testigos de la santidad de su Maestro. La eficacia de la predicación de Pedro, Pablo y sus hermanos Apóstoles proviene de esa intensa vida de seguimiento de Jesús. Los cuestionamientos que hacen hoy a la Iglesia quienes la hostigan sin piedad, con medias verdades o mentiras, se ciernen sobre debilidades ciertas de muchos cristianos, antiguos y presentes, y el malicioso ocultamiento de la santidad de muchos más. El Papa tiene razón cuando insiste en que el problema de la incredulidad de muchos está en la insuficiencia del testimonio de santidad de los cristianos. Incluimos a los bautizados, tristemente deformados por ideologías combativas contra la fe, hoy entreverados en la propaganda seductora y en la intriga sectaria.

[1] Mateo 1, 20.

[2] Juan Pablo II “A los Cardenales” (2001)

[Volver](#)